

Miguel Ángel Mañas

Lamentum
Lágrimas de arena

Prólogo de Mariano Anós



1ª edición, 2012

Ilustración de cubierta: Detalle de *De Kruisafneming* de Roger van der Weyden, h.1436.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

© Editorial Anagnórisis

© Miguel Ángel Mañas, 2012

© Del prólogo: Mariano Anós, 2012

ISBN: 978-84-15507-04-6

Depósito legal: B-15202-2012

CON TRÁGICA ALEGRÍA

El aparente oxímoron es de García Calvo. Aparente, pues nada más clásico que el movimiento emocional liberador que es consecuencia natural de la catarsis suscitada por la confrontación con lo funesto. En tiempos de cháchara en torno a la llamada «actitud positiva» de los timos de autoayuda, qué mejor revulsivo que acudir una vez más a la sacudida de la siempre renovable tradición de lo trágico para seguir viviendo, para seguir, pues, peleando por la alegría de otro mundo posible.

De una primera lectura de los textos de Miguel Ángel Mañas me queda ante todo una impresión de agradecimiento por su valentía. Por situarse con toda claridad por fuera de los territorios dominantes marcados por neocasticismos, divertimentos demagógicos o revisiones apenas disfrazadas de la «*pièce bien faite*» con sus golpes de efecto más o

menos hábilmente dosificados. Ninguna estrella televisiva se verá tentada a servirse de estos textos para barnizar su prestigio.

Seco en superficie, precavido ante los riesgos del desbordamiento, el lenguaje recoge los ecos de la mejor estirpe de la escritura teatral contemporánea, sin que la filiación dé en pastiche o servilismo. Entre la crónica de sucesos y la abstracción esencialista, a la manera de matojos en tierra desolada, las palabras se mueven sacudidas por un viento racheado, un tanto fatigadas, un tanto atravesadas de impotencia ante el terror. Al borde de la afasia en ocasiones, en otras al borde del exceso, al borde siempre del asombro ante la hbris de la especie.

Hay cuerpos. Las palabras sacuden los cuerpos, aún no muertos. Con furia. El cuerpo no sabe de palabras, y aun así las susurra o vocifera, las deja retumbar en qué oídos inválidos o las ve diluirse en la arena del desierto. Cuerpos, teatro. Clavando ciegamente las palas, las palabras, en la arena. Ceguera del teatro con la vaga esperanza de que alguien, tal vez, alcance a ver, fuera.

Calor, el sol quema, las gargantas abrasan. Arena y sol, implacables, propicios a crímenes absurdos, como el de *El extranjero* de Camus en la playa de Argel. Pero sin la promesa de frescura del mar. La arena es la piedra de Sísifo desmenuzada. Sin montaña tampoco. Montículos de arena indiferente, sin desenlace. Aún no muertos, los cuerpos se agitan, profieren exorcismos, canciones, preguntas sin respuesta. ¿Aullar es la respuesta? Quién fuera coyote.

Cazar, no coyotes, cuerpos de mujer, reducidos a presas, con la imbécil coartada del instinto. No hay instinto en los seres de lenguaje. Desesperación del lenguaje, envidia asesina del silencio de los muertos. De las muertas, privadas de palabra, sin estorbo de humanidad. Violar, meter, matar, callar, tapar, fantasías extremas del poder macho.

La luna alivia. Su calor no anonada. Palabras lunares tal vez puedan cruzar desiertos, continentes, océanos, a lomos de un viento no vengador, no cegador, no consolador, no enfermo de mudez, un viento decidido a cantar, porque sí, por si acaso, por dar alas a un resto de algo humano. El teatro, del lado de la luna.

O bien hay tierra, agua, uñas, cascabeles, hormigas, estrellas. Y siempre arena, y siempre viento. Y muerte. Sálvese quien pueda, o no, las mujeres y los niños primero. Mujeres y niños interrogan, se hacen cargo. Los hombres no, los hombres están demasiado vivos y exigen demostrarlo a cualquier precio. A menos que acepten diluirse un poco, hacerse un poco borrosos y convertirse en racconto. En testimonio del horror. Por dar espacio a lo que no es infierno, como quiso Calvino.

El agua, el olvido. Sueños de licuefacción. La vida duele, el animal terrestre anhela el retorno al amparo líquido del que salió implacable. Entre el grito y el silencio, en frágil equilibrio, la palabra se obstina, sobrenada la muerte. Dar la muerte, el regalo de Medea. Ofrenda a los dioses de la pérdida. Saber lo que es perder, hacer saber. Matar, matarse. La punta afilada del deseo. Demasiada luz. Arrancarse los ojos. Las figuras trágicas no dejan de interpelarnos.

Aquí nos deja la escritura de Miguel Ángel Mañas. En la soledad de nuestros cuerpos, en la exigencia compartida de nuestro lenguaje, a la búsqueda interminable de una

existencia humana siempre al borde de la extinción. Confiados al viento, a la fugaz verdad que se refugia, aterida, en el teatro.

Mariano Anós

Lamentum y Lágrimas de arena
de Miguel Ángel Mañas

A mi familia por su apoyo.
A mis maestros por su paciencia.
A María Pérez por despertar a las palabras
A Alex, Juana, Diego, Jorgito y Elena por sus consejos, apoyo y
sobre todo cariño.
A todos vosotros, gracias.

LAMENTUM

Dramatis personae

MUJER

SEÑOR RACCONTO

SEÑOR DAÍMON

EL NIÑO

El suelo tiene trazado un trapecio con una mancha de color rojo en su centro. Los puntos que corresponden al fondo del espacio están ocupados como sigue: siendo lados los del público, en el punto derecho y de espaldas a público, está situado EL SEÑOR RACCONTO. Lleva gabardina y pantalones de color gris. En el punto izquierdo está sentado en una silla EL SEÑOR DAÍMON. Camisa blanca remangada y pantalones cortos de color gris son su vestuario. Sus ojos están ocultos a la luz por una tela blanca empapada en sangre.

En el punto izquierdo de proscenio, lee un periódico una MUJER de unos cincuenta años. Va vestida con un sencillo camisón de color marrón. Lleva los pies desnudos, sin embargo, una capa de barro le cubre hasta las rodillas, como si serpientes de tierra quisieran reptar hasta la cintura. El punto derecho está, de momento, vacío. Un NIÑO de doce años se balancea sobre el punto rojo del centro. La soga que atrapa su cuello se pierde por el techo. El niño lleva una mortaja prendida con cascabeles en las costuras que le cubre todo menos cabeza y cuello. La tela de la mortaja roza el suelo. El NIÑO comienza a mover su cuerpo lentamente

como queriendo salir de la tela que lo envuelve. Sujeta con su mano un maniquí desnudo de niño. El maniquí también tiene una soga en su cuello. Sonido de cascabeles.

MUJER.- (*Tirando el periódico al suelo.*) Un día más... (*Pausa.*)

Hace un tiempo que decidí tirar una moneda al aire y dejar que se estrellara contra el suelo. La cruz me mandó correr hacia la orilla del río. Me quedé quieta esperando a que la tierra abriera la boca. (*Se levanta el camión.*) La tierra es como una serpiente. Me devora lentamente... lentamente. Quiero que la tierra me trague, que no deje nada a la vista. No quiero quedarme con la cabeza fuera y que él pueda darle patadas. (*Pausa.*) El agua del río se desliza lentamente. Ojos de agua me observan desde las profundidades. Me miran con ansiedad. Quieren que meta los pies en el agua, pero yo soy para la tierra. Tengo que ser recordada y la tierra se encargará de ello. (*Pausa. Ríe.*) Él no podrá evitarlo. (*Deja de reír.*) Ayudé a sus manos a vencer a la muerte y ahora me empujan hacia el agua. Pero no lo conseguiré. ¡Pobre mortal! La

justicia que yo exijo no está en los ojos de los mortales... Él será para el agua, su sangre se helará y el tiempo lo convertirá en agua. Y con la fuerza de mis uñas rasgaré su cuerpo hasta que solo queden miles de gotas. (*Pausa.*) No debiste empujarme, no debiste mirarme como si no me conocieses. Dejé mi tierra por ti, dejé mi casa ti... pero ahora te toca saber lo que es perder... perderlo todo. (*Coge el periódico.*) Sabrás lo que es perder... sabrás lo que es ser de agua. (*Oculto su cara con el periódico. El niño deja de balancearse.*)

SEÑOR RACCONTO.- Sabrás lo que es perder... (*Pausa.*) Estas son las últimas palabras que pude escuchar a la mujer del Señor Daímon. Aulló la hiena sabiendo que él tenía restos de nueva carne entre sus dientes. El aullido se escuchó a kilómetros de distancia. La distancia convertía en melodía el lamento y hasta en los puntos más alejados de la tierra, los niños se tapaban los oídos. La distancia... No pudo salvar a sus propios hijos. (*Se acerca a los niños.*) Ellos escucharon el lamento demasiado

cerca. Ellos pudieron ver cómo el rostro de su madre se convertía en una máscara imposible. En la tranquila soledad de su habitación, los niños fueron testigos de la muerte del uno, del miedo del otro. *(Pausa.)* Ahora el niño se balancea viendo el miedo en el rostro de su hermano pequeño, mientras que este contempla la agonía en el cuerpo de su hermano mayor. Tan obstinado como su padre, diría después la mujer: le cuesta hacerse a la idea; a la idea de morir. *(Balancea al niño.)* Deja de seguir luchando. Es una batalla perdida. Tu hermano pequeño ya está helado y nada puedes hacer por él. Ni siquiera esos cascabeles te pueden ayudar. Sé que crees que tu padre los va a escuchar y que todo se arreglará, pero no es así. La distancia no puede convertir en melodía su tintineo. Tu padre está solo y la soledad lo ha dejado ciego. Qué doloroso es contemplar el final pero más doloroso es tener que volver al principio.

Vuelve a su sitio.

SEÑOR DAÍMON.- Decidme quién soy. Decidme dónde estoy.

Todo está comido por el silencio y la negrura. Ya no puedo andar por la calles, correr por los parques, mirar el mar o contar las estrellas del cielo. (*Señala al cielo.*) Una, dos, tres, tres mil, cuatro mil... Mirar las estrellas... ¡Mis estrellas! Ellas me guiaban en mis viajes... ellas me susurraban cantos de luna. Estrellas.... Estrellas... (*Pausa.*) No lo sé, no puedo saberlo... ¿Alguien me puede decir si cantan las estrellas?

EL NIÑO (*Cantando:*).- Estrella, estrella,
dibuja mi camino.
Estrella, estrella,
llévame junto al río.
Estrella, estrella,
mueve mi cuerpo,
que suene mi latido
cuando esté junto al río.

SEÑOR DAÍMON.- No te escucho... tengo el recuerdo de

tu voz en la cabeza pero empieza a haber agua en mi garganta. (*Gritando:*) ¿Dónde estás pequeño? (*Comienza a andar. Pasos cortos, titubeantes, hasta que se encuentra con el cuerpo del NIÑO. Lo toca, lo acaricia.*) ¡Hijo, hijo...! No puedes ser tú. Estás frío y tu cuerpo siempre estaba caliente y suave. No eres tú, no puedes ser tú. Vuelve a cantar... por favor, canta.

EL NIÑO (*Cantando:*).- Estrella, estrella,
dibuja mi camino.
Estrella, estrella,
llévame junto al río.
Estrella, estrella,
mueve mi cuerpo,
que suene mi latido
cuando esté junto al río.

SEÑOR RACCONTO.- Ahora ya recuerda la causa de sus heridas.

SEÑOR DAÍMON.- Mis heridas. (*Se lleva las manos al rostro.*)

No pude soportarlo. Quise borrar el recuerdo de mis hijos muertos pero es inútil. Ahora puedo verme por dentro y ahí están. Son tan pequeños... Me miran desde un rincón que mi alma no puede proteger. Pasan frío y soledad. El agua quiere inundarlo todo y llevárselos al mar. Pero las estrellas ya no me sirven, ya nada me sirve. Perderé a mis hijos para siempre si dejo que este río que es mi sangre los arrastre a un lugar que ni siquiera soy capaz de comprender... No quiero seguir recordando. *(Abraza el cuerpo del niño.)* No te acerques al río... allí una puta quiere comerte el corazón. Puta. Puta. Puta... Fuiste tú quien me robó a mis hijos. Pero no dejaré que me arranques su recuerdo. Voy a darle patadas a tu cabeza, voy a hacer que te comas la carne que te dio la idea de negarles el aire. ¡Por favor, estrellas, cantadme, guiad mis pasos, tejed sueños para que la puta no oiga mis pasos!

EL NIÑO *(Cantando):*- Por un camino de piedra

corre la hormiga, salta la hormiga.

Por un camino de piedra
corre la hormiga, salta la hormiga.
Por un camino de piedra
salta el niño, salta el niño.
Por un camino de piedra
pisa a la hormiga, pisa a la hormiga.

SEÑOR RACCONTO.- Una madre que mata a sus hijos... Duele hasta pensarlo. Pero ella sí que fue capaz.

MUJER.- Lo hice. ¿No fui capaz de parirlos? Después de todo se trata del mismo dolor. (*Pausa.*) Qué sabía él del dolor. Yo los empujé, expulsándoles a la vida, para después quitarles el aire. Allí donde ahora se secan, el aire no les hace falta. ¡Tú me has hecho así! Lograste que odiara a mis propios hijos. Sus caras son tu cara, sus manos son tu mano, sus sexos son el tuyo. Y ahora te lamentas. Ahora te llevas un cuchillo a la cara y lo hincas hasta que el dolor te hace enloquecer. Pero ya es tarde para eso. (*Pisa el periódico.*) Estoy siguiendo tus pasos porque

tú sigues los míos. Entre las líneas, entre las palabras más pequeñas, puedo ver que me estás buscando, que quieres mi cabeza. ¡Pobre ignorante! No hay estrella en el cielo que vaya a ayudarte. Me encargaré de gritar para que se apaguen para siempre. Sabrás lo que es perder.

El SEÑOR DAÍMON dirige sus pasos al punto de proscenio derecho. Se toca la cara. Sus dedos recorren la venda que le tapa las heridas.

SEÑOR DAÍMON.- Escucho el canto de mis hijos... escucho a las estrellas, pero no entiendo su mensaje. A veces creo estar muy cerca, pero el mundo es de arena. Tengo las manos llenas de arena, quiero contar los granos y saber si es posible marcar un camino. Necesito volver... saber si puedo volver y hacer otra cosa que no sea mirarme hacia dentro. No supe escuchar las voces que el viento gritaba. Ten cuidado, ten cuidado... ella será como una peste que lo arrasará todo. No quise escuchar y volví la espalda. Por eso mis hijos están muertos.

SEÑOR RACCONTO.- (*Acercándose lentamente al SEÑOR DAÍMON.*)

Caminó durante días preguntando a las gentes dónde estaba su mujer. Pero nadie supo darle una respuesta. Unos decían que nunca la vieron: una mujer que mata a sus hijos no existe. Otros señalaban el sol y decían que creían haber visto una estela de fuego que lo traspasaba. (*Posa sus manos en la espalda del SEÑOR DAÍMON.*) Los periódicos apenas se molestaron en publicar lo sucedido, porque tampoco conseguían comprender. Pero yo la escuché. Pasé por aquella plaza y pude oír cómo decía entre dientes: sabrás lo que es perder. (*Pausa.*) Señor Daímon, tome mi brazo. Podemos pasear.

SEÑOR DAÍMON.- Recuerdo su voz. ¿Dónde nos conocimos?

SEÑOR RACCONTO.- Mi nombre es Racconto. Estuvimos juntos en el hospital de la ciudad. Usted tenía los pies heridos.

SEÑOR DAÍMON.- Es verdad. Fui víctima de unos hombres que se empeñaron en no dejarme seguir mi camino. Me ataron los pies y me abandonaron a mi suerte.

SEÑOR RACCONTO.- A la mala suerte.

SEÑOR DAÍMON.- He pagado con creces dar la espalda a la vida. Ahora quiero saber, pero mis ojos están vacíos y me cuesta fiarme de los demás.

SEÑOR RACCONTO.- ¿Cree que es bueno saber?

SEÑOR DAÍMON.- (*Pausa.*) No quiero vivir en la ignorancia. Algunos dicen que es malo saber porque te hace desgraciado.

SEÑOR RACCONTO.- Ya conozco su historia. Traté de informarme tanto como pude.

SEÑOR DAÍMON -. ¿Le gusta escribir?

SEÑOR RACCONTO -. Es usted muy perspicaz... quizá no para todas las cosas, pero tengo que reconocer que me ha impresionado, pero más me impresionó su historia.

SEÑOR DAÍMON -. ¿Quiere escribir sobre mi vida?

SEÑOR RACCONTO.- Me halaga usted. Sí, me gustaría hacerlo. He estado días buscándolo, preguntando a las gentes. Todos torcían el gesto cuando pronunciaba su nombre. Pero ahora ya estamos juntos y cuando quiera podemos empezar. Partiremos desde este momento hasta el principio.

SEÑOR DAÍMON.- Estoy cansado.

SEÑOR RACCONTO.- Apóyese en mí.

SEÑOR DAÍMON.- Se lo agradezco. (*Se apoya.*) En este momento me gustaría estar sentado en el jardín de mi casa. Pero ya no es mi hogar. Todo huele a sangre, a

miedo. Ni siquiera el fuego se ha atrevido a quemarla. *(Pausa.)* He perdido la noción del tiempo. Vivo en mi noche eterna y no escucho a las estrellas. A veces creo oír la voz de mis hijos. Me cantan. *(Pausa.)* Tenían unos cascabeles y los hacían sonar siempre que llegaba a casa. Le aseguro que ahora me parece el sonido más maravilloso del mundo. Pero un día, una calurosa tarde del mes de Agosto del año...

SEÑOR RACCONTO.- De hace dos años.

SEÑOR DAÍMON.- Dos años ya... *(Pausa.)* Entré en la casa y enseguida me envolvió una ponzoña pesada y mal oliente. Ella sabía cocinar muy bien... pero ese olor... *(Pausa.)* La encontré sentada en el salón. Tenía la mirada turbia... por un momento pensé que esa mujer no era mi esposa. Pero era ella...

MUJER.- *(Durante el monólogo caminará alrededor del niño.)*
Aquella mañana del mes de Agosto recuerdo que hacía

mucho calor. El camisón se me pegaba al cuerpo. Era muy temprano. Escuché la puerta cerrarse y extrañada me levanté para ver qué pasaba. Me asomé al ventanal del jardín y pude ver cómo ese salía: andando con cuidado como un vulgar ladrón. Salí tras él. *(Se toca el camisón.)* No me importaba ir así vestida. Lo que piense la gente no me importa. *(Pausa.)* Lo seguí durante mucho rato. Habíamos llegado a una plaza en donde esperan las putas. Él se metió en uno de los portales.

Toca el cuerpo del niño. Se escuchan los cascabeles.

SEÑOR DAÍMON.- *(Separándose.)* ¡Ha oído eso! ¡Dígame que lo ha escuchado!

SEÑOR RACCONTO.- *(Prestando atención.)* Lo siento. No oigo nada.

SEÑOR DAÍMON.- ¿Es de día o de noche?

SEÑOR RACCONTO.- De noche.

SEÑOR DAÍMON.- ¡Las estrellas, escucho las estrellas!

SEÑOR RACCONTO.- (*Escuchando.*) No puedo decirle si son las estrellas o el río. Por aquí pasa un río. Quizá sea el agua.

MUJER.- ¡Maldito hombre! (*Se acerca al SEÑOR RACCONTO.*)
Lo que está haciendo no es justo. Yo también tengo mis derechos, mis motivos. Sé que ha estado preguntando por él. ¿Y yo qué? Nadie me ha preguntado todavía la razón... (*Señala al Señor Daímon.*) Él es la única razón... Me llevó por tierras que desconocía en donde las gentes me miraban con recelo, hasta con desprecio. Debe ser bruja, decían. Tiene ojos de gato... (*Ríe.*) Tengo la mirada oblicua y me como a los niños... No me como a los niños... los mato sin más... maté a mis hijos por su culpa... vas a saber lo que es perder.

SEÑOR DAÍMON.- Otra vez el silencio.

SEÑOR RACCONTO.- Otra vez.

SEÑOR DAÍMON.- ¡Hijos míos! ¡Hijos!

MUJER.- No están. (*Camina hacia su punto.*) Tus hijos ya no están. (*Pausa.*) En aquella plaza, rodeada de putas y miseria, comprendí que me había dejado engañar por una rata miserable. Me prometiste pan y árboles y ya no queda nada. Quieres empujarme a las aguas del río. Eso te ayudaría al olvidar, pero me quedaré en la tierra.

SEÑOR DAÍMON.- Quiero que me lleve al río.

SEÑOR RACCONTO.- ¿Está seguro?

SEÑOR DAÍMON.- Lléveme.

La MUJER corre hacia el niño y lo agita sin contemplaciones.

SEÑOR DAÍMON.- Escuche, escuche... es un sonido distinto.

¡Son cascabeles! Hijos míos... ya voy. (*La MUJER abraza el cuerpo del niño. Los cascabeles dejan de sonar.*) No... No... Ya no los oigo. ¿Dónde están? ¡Malditas estrellas!

MUJER.- Ahora te lamentas... Tres horas te estuve esperando... Los hombres me miraban, husmeaban el aire... eran ratas en busca de comida. Y tú en esa casa estabas haciendo lo mismo. Cómo pudiste hacerlo. Yo nunca te negué nada. Mis piernas se abrían y yo te recibía sin más porque también lo deseaba. ¿Qué hizo que me despreciaras así?

SEÑOR DAÍMON.- No puedo más. (*Pausa.*) El silencio...

SEÑOR RACCONTO.- Necesita una explicación ¿No es eso?

SEÑOR DAÍMON.- Sí.

SEÑOR RACCONTO.- Quizá los recuerdos le ayuden.

SEÑOR DAÍMON.- Me duele recordar.

SEÑOR RACCONTO.- No lo dudo. Señor Daímon, necesita descansar.

Van hacia la silla. El SEÑOR DAÍMON se sienta.

SEÑOR DAÍMON.- Otra vez en el punto de partida. No es la primera vez que confundo las cosas. Me encuentro en mitad de un camino que nunca me lleva hacia adelante. Es mi destino. Cuando quiero avanzar o me atan los pies o la cabeza me traiciona. Un singular combate. Puede que tenga usted razón. Quizá es mejor no seguir. Mis manos siempre han sido fuertes, pero de poco sirven si la cabeza no ayuda o los pies quieren derribarte. Quizá estoy loco. *(Pausa.)* Tiene que ser eso... estoy loco, siempre lo estuve. La cordura no me habría dejado ir a esa plaza y poner a mis hijos en peligro.

SEÑOR RACCONTO.- Necesita descansar. Mañana podemos

seguir hablando.

SEÑOR DAÍMON.- Se lo agradezco, pero no puedo descansar. Si me duermo la sangre se pone blanca. Ellos necesitan que mi sangre esté caliente. No quiero que mis hijos terminen siendo de agua. No debo olvidarlos... el agua... el olvido...

El SEÑOR RACCONTO vuelve a su punto.

SEÑOR RACCONTO.- A partir de ese día, mis esperanzas de dar con la Mujer aumentaron considerablemente. Algo me decía que el río tenía la clave. Era necesario escuchar su mensaje. El agua sabía la verdad.

El escenario se llena de sombras. Mientras, EL NIÑO comienza a cantar. La soga va bajando hasta que EL NIÑO llega al suelo.

EL NIÑO.- Estrella, estrella,
dibuja mi camino.

Estrella, estrella,
llévame junto al río.
Estrella, estrella,
mueve mi cuerpo,
que suene mi latido
cuando esté junto al río.

EL NIÑO mira a su madre. Esta no parece verlo. EL NIÑO abraza el cuerpo de su hermano pequeño.

EL NIÑO.- No te preocupes. Conmigo nada te va a pasar.
(*Pausa.*) Nosotros no somos unos desvergonzados...
No sé qué significa pero mamá no hacía otra cosa que repetirlo. Qué desvergüenza, qué desvergüenza... (*Besa en la mejilla a su hermano.*) Eres el mejor hermano... el más divertido y sonriente. (*Pausa.*) ¿Te acuerdas de la casita del árbol? Subíamos todas las tardes después de llegar del colegio y mamá nos preparaba tostadas con mantequilla y chocolate. Te gustaba que hiciera de conejo mientras me comía la tostada. Y luego nos

poníamos a cantar las canciones que la maestra nos había enseñado... Ahora no me acuerdo de ninguna... pero sé que eran muy divertidas. Y cuando llegaba la hora, hacíamos sonar nuestros cascabeles. Papá aparecía por el camino del jardín y cuando abría la puerta corríamos para abrazarnos a su cuello. (*Pausa.*) El último día él... su cuello olía distinto. Su piel tenía el sabor de las rosas... (*A su hermano:*) ¿Recuerdas aquella vez que me comí un pétalo de las rosas de mamá? Así le sabía la piel. Pensé que también había comido rosas y que el olor se le escapaba por el cuello. Desde ese día todo fue distinto. Tú y yo ya no pudimos dormir tranquilos, a pesar de que te contaba cuentos y de que a mí me daba por imaginarme lejos de casa... Montar en un barco y seguir las estrellas, como hizo papá cuando era más joven y se vio obligado a luchar en la guerra. (*Pausa.*) Pero solo nos dio tiempo a soñar... no debimos despertar: dormidos estábamos a salvo. Despertamos sin darnos cuenta de que esa noche mamá se convirtió en una bruja malvada y que había podido hablar con el

viento y el fuego. (*Mira a su hermano.*) Hemos pasado mucho miedo, pero ahora estamos mejor. A pesar del agua, a pesar de los llantos de papá, aún podemos estar escondidos en un rincón de su cuerpo... donde no huele a rosas.

El NIÑO es alzado a su posición original. El SEÑOR RACCONTO pasea concentrado alrededor del niño. La MUJER vuelve a su posición original.

MUJER.- Los niños están conmigo, no con él. Nunca los tuvo. Yo los parí y ahora sus almas son mías. Cree que los tiene custodiados, pero se equivoca. (*Pausa.*) Las rosas... me gustaba verlas crecer. Plantaba las semillas y ya podía percibir cómo iban a oler... A esa puta también le gustaban las rosas. Somos muchos, pero los gustos parecen ser pocos. (*Pausa.*) Me veo cortando sus tallos; preparando ramos dejándome embriagar por su aroma... hasta que lo descubrí en su cuello. Era como si una semilla hubiera florecido en su garganta.

Ni siquiera tuvo la consideración de lavarse. Llegó a casa oliendo a ella... oliendo a puta, a rata. Y entonces pensé que merecía ser castigado. Pregunté al sol y a la luna y no me respondieron. Cerraron su boca ante mi desesperación... nadie me aconsejó qué hacer. Mi cabeza gritaba... quítale lo que más quiere, quítaselo. Por eso, al día siguiente...

SEÑOR RACCONTO.- Una vecina aseguró en un programa de televisión que un día antes de los asesinatos pudo escuchar los llantos desesperados de la mujer. Golpeaba las paredes con los puños y daba patadas a los muebles. Siguió diciendo que la mujer gritaba que ojalá no lo hubiese conocido nunca. Que podían haberlo matado en aquella guerra. El día de las muertes, continuó diciendo la vecina, no escuchó nada... todo estaba silencioso, demasiado silencioso: los niños parecían haber dejado de existir.

MUJER.- Era una entrometida. Siempre estaba con el ojo

pegado a la mirilla. Un día le pregunté qué le inquietaba tanto de nosotros. ¿Acaso le gusta mi marido? Mi marido... ese hombre tenía los ojos azules, tenía dos mares que me arrastraban hasta el abismo. Su cuerpo era duro como la piedra, pero su alma débil... Siempre lo supe y se lo dije más de una vez: tienes el alma débil. *(Pausa.)* A esa zorra le gustaba mi marido y él lo sabía. Jugaba con ella cuando se cruzaban por la escalera. La miraba de arriba abajo y ella se creía deseada. Por eso tuve que hablarle y dejar claro que él era mío, mío y de nadie más. *(Pausa.)* No supe ver que la amenaza estaba fuera, en aquella plaza llena de ratas. Y que él volvería a mí siendo un extraño...

Unos instantes de silencio

SEÑOR DAÍMON.- Hace frío. *(Pausa.)* Estaba soñando con mis tiempos de soldado. Nunca me hirieron. Tuve que esperar a regresar a casa para darme cuenta de por qué la muerte me miraba con sorpresa en el campo de

batalla. ¿Cómo estás aquí aún si yo tengo que ir a tu casa? Pero en ese momento no quise escuchar a nadie. Se equivoca, pensé, todos se equivocan. El viento se equivoca. Ten cuidado... ten cuidado. (*Pausa.*) No he debido dormirme. (*Pausa.*) Mis hijos... son tan pequeños... ¿Estáis ahí?... De saber lo que iba a ocurrir me habría dedicado a distraer a la muerte.

MUJER.- No debió volver.

SEÑOR DAÍMON.- No debí volver.

MUJER.- Debí morir.

SEÑOR DAÍMON.- Debí morir.

SEÑOR RACCONTO.- La vecina explicó que la mujer la amenazó. Le dijo que nada ni nadie le iba a privar de su derecho como esposa. Que ella sabía muy bien cómo aplastar a una rata.

MUJER.- Llegué a casa con el corazón en la boca. Apretaba los dientes y podía sentir el latido. Llevaba los pies negros. En aquella plaza nadie echa agua en sus rincones. Solo hay botellas vacías, papeles estrujados con restos de polvo blanco, condones... Miraba todo eso preguntándome qué condón podía ser de él. Olí todos los que pude encontrar, pero ninguno era suyo. Y entonces comprendí. La puta y él no usaban, ella se lo guardaba todo dentro.

SEÑOR RACCONTO.- La vecina no dijo nada más. Discutir con la mujer era una batalla perdida. La vio por la ventana llegando al jardín, descalza, con los pies negros y el camisón pegado al cuerpo. Alarmada salió a preguntarle qué le pasaba y fue cuando ella amenazó con darle un escarmiento si se ponía en su camino.

MUJER.- En una olla puse agua mezclada con lejía, con mucha lejía y dejé que toda la casa apestara. Tenía que oler como en aquella plaza. Llegó horas después. Abrió

la puerta y...

SEÑOR DAÍMON.- El olor me golpeó en la cara. Entré en el salón y ahí estaba ella. Parecía una persona distinta... por un momento pensé que se trataba de otra mujer. Me miró, me traspasó. Comprendí entonces que lo inevitable había comenzado a ser posible. Me preguntó por mi escapada, por ella, por mí, por ese lugar. Me preguntó dónde tiraba los condones... Quise saber qué hacían los niños... Duermen, me dijo. Entré en su habitación y ahí estaban, tan inocentes, tan tranquilos, sin imaginarse que horas después iban a morir. Ella siguió preguntándome. Tuve miedo, no de decirle la verdad, sino de ella. Se estaba transformando en algo desconocido, espantoso. Era como si la hiel rezumara por los poros de su piel y fuera comiéndole el rostro. Pero a pesar de todo le dije que no la quería, le dije que me iba a casar, que esperábamos un hijo. Haría todo lo posible para que los niños se quedasen conmigo... Se levantó de un salto, como si fuese a morderme el cuello

y entonces abrió la boca. Un grito mudo, estremecedor, le salió de la garganta. Escupió hasta quedarse sin aliento. Estoy viva y tengo razón me dijo después, y aun así soy una desgraciada. Qué desvergüenza, qué desvergüenza... Sabrás lo que es perder... (*Pausa.*) A pesar de los gritos los niños no se despertaron.

MUJER.- No supliqué, eso es lo que él esperaba... mis hijos no... no. (*Pausa.*) Una extraña calma me invadió de repente. Ya no había razón para seguir gritando. Dentro de mí todo estaba tranquilo. Era consciente de que la sangre se había detenido... no me arrastrarás, pensé... Me dijo que vendría al día siguiente a buscar a los niños... Por un momento una luz iluminó su rostro... qué fácil me lo está poniendo, debió pensar. (*Pausa.*) La justicia que yo busco no está en los ojos de los mortales y por eso...

SEÑOR DAÍMON.- Al día siguiente volví a casa. Necesitaba ver a los niños y explicarles que las cosas iban a ser

distintas. No escuché sus cascabeles... Abrí la puerta de su habitación... Sus pequeñas lenguas asomaban de sus bocas. Tenían el aliento frío... la tez morada. (*Pausa.*) Me volví loco, el dolor me volvió loco. Comencé a preguntar por ella a las gentes, a la vecina, a los tenderos, a cualquiera que pudiera darme algo de información. Pero nadie la había visto ni conocido. Qué madre puede matar a sus hijos. Eso no puede ser, no existe. Pero sí que existe... Ya estaba lejos, ya no podía darle alcance y acabar con ella...

MUJER.- No estaba tan lejos...

SEÑOR RACCONTO.- No estaba tan lejos...

MUJER.- (*Mientras abandona el escenario.*) Fui a la plaza.

SEÑOR RACCONTO.- Fue a la plaza.

MUJER.- A por ella.

SEÑOR RACCONTO.- A por ella.

SEÑOR DAÍMON.- A por ella...

MUJER.- (*Antes de desaparecer.*) Ella debía morir.

SEÑOR RACCONTO.- ¿Ella debía morir?

SEÑOR DAÍMON.- (*Pausa.*) Estaba abierta en canal, sobre la cama. La luz del sol entraba por la ventana haciendo brillar la sangre. Las tripas se enroscaban en su cuello. Resplandecía; era como si llevase puestas cadenas de jaspe. Cerré los ojos con la esperanza de haber visto una alucinación, pero era real. Entre aquella confusión, el pequeño cuerpo de mi hijo se secaba. (*Pausa.*) El dolor hizo presa de mi razón y el mismo cuchillo que la había destripado me sirvió a mí para... (*Pausa.*) No recuerdo nada más. Solo recuerdo oscuridad. (*Pausa.*) ¿Sigue conmigo?

SEÑOR RACCONTO.- Detrás de usted, Señor Daímon.

SEÑOR DAÍMON.- Acérquese.

SEÑOR RACCONTO.- Algo me lo impide.

SEÑOR DAÍMON.- Debe venir conmigo. Estamos a punto de volver al principio. Tengo que llenar los espacios vacíos... sus palabras me ayudarán a hacerlo.

SEÑOR RACCONTO.- Escucho un murmullo de agua.

SEÑOR DAÍMON.- Estamos cerca. Huele a ella.

SEÑOR RACCONTO.- Vive en mi cabeza...

SEÑOR DAÍMON.- (*Andando rápidamente. Tropezando una y otra vez.*) ¡No lo escuche! Es ella... ella lo está confundiendo.

SEÑOR RACCONTO.- Quiere que siga aquí, escuchando el

murmullo del agua.

SEÑOR DAÍMON.- ¡No...!

Cae al suelo. Trata de levantarse pero una fuerza invisible le obliga a caer una y otra vez, una y otra vez. Se arrastra por el suelo. Suenan los cascabeles. El sonido orienta su camino. Dejan de sonar los cascabeles. Gira la cabeza en todas direcciones. Grita llamando al SEÑOR RACCONTO, pero no obtiene respuesta. Hace un esfuerzo sobre humano y gritando se pone en pie. Es una figura inestable, a punto de derrumbarse, de romperse en mil trozos. Se lleva las manos al rostro, arrancándose la tela. Sus ojos son dos despuntes de hilo negro que dejan salir pequeños trazos de sangre. Los cascabeles suenan de nuevo. El SEÑOR DAÍMON se queda quieto. Una estala de luz brillante envuelve su cuerpo. Mira hacia la luz...

SEÑOR DAÍMON.- Puedo verla... es ella. Atraviesa el sol montada en un carro de fuego. ¡Putá!

Aparece la MUJER, desnuda, con los brazos abiertos. De sus muñecas salen cuerdas. Su cuerpo esta completamente manchado por el barro. Se mueve como una mantis, dispuesta a atacar a su presa. Suenan los cascabeles. El NIÑO canta mientras que la mujer poco a poco se acerca al SEÑOR RACCONTO.

EL NIÑO.- Por un camino de piedra
corre la hormiga, salta la hormiga.
Por un camino de piedra
corre la hormiga, salta la hormiga.
Por un camino de piedra
salta el niño, salta el niño.
Por un camino de piedra
pisa a la hormiga, pisa a la hormiga.

La MUJER enreda las cuerdas alrededor del cuello del SEÑOR RACCONTO. Lentamente termina con su vida. EL NIÑO se agita, como si volviese a sufrir de nuevo su muerte. Saca la lengua. Mira a su hermano con tristeza. Con dificultad vuelve a cantar.

EL NIÑO.- Estrella, estrella, dibuja mi camino.

Estrella, estrella,
llévame junto al río.
Estrella, estrella,
mueve mi cuerpo,
que suene mi latido
cuando esté junto al río.

Suelta a su hermano. El NIÑO deja de moverse. El SEÑOR RACCONTO cae al suelo como un fardo. La MUJER lo mira con el rostro inexpresivo. Se acerca lentamente al SEÑOR DAÍMON. Es la mantis al acecho, a punto de saltar.

MUJER.- Yo enterré a mis hijos... Nunca sabrás dónde están,
nunca.

SEÑOR DAÍMON.- No puedo moverme. ¿Eres tú? Tienes
metal en la voz.

MUJER.- Nada puedes hacer ya. Estás solo. Es mejor que

vayas al río y te dejes llevar. Quizá los ojos de agua te sirvan para ver. *(Pausa.)* Ya no son tuyos, ya no viven dentro de ti. Son míos... y tú eres el único culpable de su muerte. *(Con asco.)* ¡Qué desvergüenza! *(Pausa.)* Te he vencido...

SEÑOR DAÍMON.- Ojalá nunca los hubiese engendrado.

Pausa

MUJER.- Estás solo.

SEÑOR DAÍMON.- Mis hijos...

MUJER.- Estás solo.

SEÑOR DAÍMON.- Mis hijos...

Lentamente el espacio se llena de sombras. La MUJER camina mirándolo. Siguen con el mismo diálogo. Ella desaparece y el

SEÑOR DAÍMON sigue diciendo Mis hijos, mis hijos...

Oscuro.

FIN

LÁGRIMAS DE ARENA

Dramatis personae

AMELIA

MUJER

ANCIANA

JOVEN

HOMBRE

Desierto. Amanece. Viento. Una mujer (AMELIA) sentada sobre un montículo de arena. Escucha el viento. Mira al cielo, a la luz que poco a poco ahuyenta a las sombras. Ecos de coyotes. La mujer, con gran esfuerzo, se levanta. Comienza a caminar alrededor del montículo. La inmensidad del desierto la envuelve. Llora. La furia le atrapa el cuerpo. Sus manos golpean el montículo, levantan estelas de polvo. Ecos de coyotes acompañan el llanto de la mujer. Cae de rodillas. Oculta su rostro. Un hombre aparece caminando. De su cuerpo parecen salir estelas de calor. Se adelanta, mirando a la mujer que aún oculta su rostro.

HOMBRE.- Lloran. Todas lloran. Primero lloran y luego, cuando ven que se están quedando secas, gritan. Los gritos al principio les rompen la garganta. Pero, poco a poco... cuando el tiempo ya no cuenta, los gritos desaparecen. Entonces vienen las palabras... con ellas tratan de hacer contacto, desean que el miedo se transforme en otra cosa... (*Pausa.*) Miran a los ojos y las palabras se convierten en súplica, en una oración. Esperan una reacción... algo que les indique que todo

puede acabar bien. Pero nunca sucede eso. Nada acaba bien para ellas. Primero lloran. (*Se acerca a la MUJER.*) Así son las cosas. Así son ellas. Las cosas... Salen de sus casas y van a trabajar. Les espera una dura jornada de trabajo... eso dicen ellas. Pero no es para tanto. Doce horas metiendo piezas en otras piezas no es para tanto. Meter... meter y meter, nada más que eso. Y luego se ponen a buscar. ¿Qué? Meter... meter... meter. (*Pausa.*) Meter, meter, meter.

El HOMBRE se sienta en el suelo, alejado de la MUJER. Enfrenta su cara al sol mientras desliza sus manos por la ardiente arena. Una fugaz sonrisa le atrapa el rostro. Aparecen tres mujeres. Una ANCIANA, una MUJER en la mitad de su vida y una JOVEN. Cada una de ellas lleva una pala apoyada en el hombro. La JOVEN no lleva pala. Visten de largo y de negro. La JOVEN de blanco. Una detrás de la otra, rodean a la mujer. Una música acompaña su entrada. Las mujeres comienzan la coreografía. El tema de la misma versa sobre la impotencia de estas mujeres cavando, horadando el desierto. Estelas de polvo llenan el

espacio. Hunden las palas, al principio con esperanza, pero poco a poco la esperanza se transforma en impotencia... en dolor. La JOVEN hace los mismos movimientos pero nunca toca la arena. Las mujeres clavan la pala en el desierto. Quieren provocarle el mismo dolor, castigarlo por haberse tragado los cuerpos de sus hijas, de sus hermanas. Tiran las palas. Con las manos golpean el suelo. Termina la música. La MUJER en la mitad de su vida y la JOVEN son estatuas de arena. La ANCIANA se acerca a la otra mujer. El HOMBRE permanece sentado, como si fuese otra estatua. El sol quema la silueta de las estatuas.

ANCIANA.- Vas a enfermar si sigues así.

AMELIA.- Me duelen los ojos...

ANCIANA.- Vete a casa. Amelia, vete a casa.

AMELIA.- No. Quiero quedarme.

ANCIANA.- Otra noche con los ojos abiertos.

AMELIA.- Sí.

ANCIANA.- No se puede ver nada cuando es de noche. Solo los coyotes ven de noche.

AMELIA.- Los coyotes...

ANCIANA.- Hija, vete a casa. Nosotras seguiremos.

La otra MUJER comienza a cavar. Hunde la pala con firmeza, pero la levanta lentamente, dejando que la arena se deslice hasta el suelo. Así una y otra vez, una y otra vez. La JOVEN toma puñados de arena que deja caer sobre su vestido

AMELIA.- No puedo irme.

ANCIANA.- Lo sé. Pero ahora tienes que dormir y descansar. Tu hija querrá verte con la cara descansada.

AMELIA.- (*Oculto su rostro.*) ¿Cómo crees que estará?

ANCIANA.- (*Busca las palabras. Mira a su alrededor mientras que hunde un pie en la arena.*) Vete. Empieza a hacer calor. No puedes caer enferma.

AMELIA.- (*Se pone en pie. Toma su pala.*) Solo un momento. Iré a casa y... dormiré. Pero solo un momento.

ANCIANA.- Eso es... un momento.

AMELIA comienza a andar. Arrastra la pala. La ANCIANA sigue el frágil tajo que el filo provoca sobre la arena. AMELIA desaparece en la inmensidad del desierto. La ANCIANA se junta con las otras dos mujeres. Las tres hacen el mismo movimiento. Hunden la pala con decisión. La levantan con esfuerzo. Una música acompaña sus movimientos. El HOMBRE se levanta. Se acerca a las mujeres. Con sus manos alisa la arena que las mujeres remueven. Sus cuerpos son como piezas de una máquina que nunca consigue terminar su trabajo. El HOMBRE cava con sus manos, y lanza arena sobre las ropas de las mujeres. Cada golpe de tierra hace que los cuerpos de ellas se muevan como si cada grano de arena les

hiriera la piel. La música y los movimientos se hacen más intensos, más convulsos, hasta que la ANCIANA lanza la pala al suelo. Su garganta deja libre un grito que parece nacer de las entrañas. Silencio. Un silencio... Los coyotes aúllan en la distancia. La MUJER en la mitad de su vida deja atrás a las otras, instalándose en el lugar que al principio ocupara el HOMBRE. Huele el aire. Huele sus manos. Sus ropas.

MUJER.- Esta tierra... (*Enseña las palmas de sus manos.*) Esta tierra me quema la piel, me tuerce los dedos, me agrieta los pies. Esta tierra me seca los ojos y taponas mis oídos. Por eso debo llorar, por eso debo sacudir la cabeza. No puedo dejar que la arena seque mis ojos, que se trague mi cuerpo, no todavía, no cuando aún me mantengo erguida.

Pero estoy cansada. El desierto es muy grande y yo demasiado pequeña. (*Pausa.*) Me gustaría ser grande, más grande que la misma tierra, y con la fuerza de un solo dedo levantar toda la arena de este lugar. Y así... así sería más fácil. Y así... así haría una cuna con mis

manos y podría proteger el cuerpo de mi hija. Nunca más el sol le quemaría la piel ni la arena le secaría la sangre. *(Pausa.)* Pero no sé dónde está. ¡Por favor! He preguntado a la gente, pero todos vuelven la cabeza. *(Breve pausa.)* No se puede mirar hacia otro lado cuando nuestras hijas están siendo violadas, asesinadas y enterradas en esta maldita arena. *(Pausa.)* ¿Alguien lo sabe? ¿Alguien puede decirme algo? ¿Alguien puede explicarme qué hay que hacer cuando una madre sobrevive a sus hijos? *(Pausa.)* Nadie lo sabe... nadie quiere pensarlo... nadie. Por eso somos nosotras las que debemos cavar... porque el mundo vuelve la cabeza.

Comienza a cantar. La canción trata sobre su hija, sobre todas las hijas que un día se perdieron para siempre. Cada palabra pronunciada le quema la garganta. Mira a la distancia. Las lágrimas le surcan el rostro, caen sobre la arena. Se queda inmóvil. La ANCIANA y la JOVEN se acercan a ella. La ANCIANA lleva su pala.

JOVEN.- Abuela.

ANCIANA.- Dime.

JOVEN.- Mi madre...

ANCIANA.- ¿Qué?

JOVEN.- Está muy triste.

ANCIANA.- Lo está.

JOVEN.- ¿Por qué?

ANCIANA.- Porque no te encuentra.

JOVEN.- ¿Es que me he perdido?

ANCIANA.- No estás perdida. Solo escondida. (*Pausa.*)

Muchas siguen... escondidas.

JOVEN.- Me gusta jugar al escondite. Pero no quiero que mamá se ponga triste. (*Pausa.*) ¿Es por mi culpa?

ANCIANA.- No...

JOVEN.- Sí... Me alejé demasiado... No debí hundir los pies en este desierto. Mamá siempre me dice que es peligroso, que está lleno de coyotes y escorpiones. Me alejé demasiado y... no sé cómo volver. ¿Esta señora también está esperando a su hija?

ANCIANA.- (*Para sí.*) Sí...

JOVEN.- Abuelita.

ANCIANA.- Dime.

JOVEN.- ¿Tú también estás triste?

ANCIANA.- Me duelen las manos...

JOVEN.- *(Toma las manos de la anciana, soplando sobre ellas.)*
No me sale el aire. *(Llena su pecho de aire.)* No puedo.
Este sol quema mucho. *(Pausa.)* Es lo primero que noté
cuando me tumbé sobre la arena.

ANCIANA.- No pienses en eso.

JOVEN.- Abuela, me duele aquí. *(Se lleva una mano al pecho.)*
Y aquí. *(La otra mano al cuello.)* Y aquí...

El HOMBRE se acerca a la JOVEN, como un animal al acecho. La agarra de la entrepierna y del cuello y la levanta. La JOVEN es un cuerpo inerte. El HOMBRE aprieta el cuerpo contra el suyo. La ANCIANA comienza a llorar. Mira al frente, como la otra MUJER. El HOMBRE se lleva a la JOVEN donde el montículo. Se quedan quietos.

MUJER.- Nunca lo conseguiremos.

ANCIANA.- Tenemos que seguir cavando. Por tu hija y por

mi nieta.

MUJER.- Y Amelia no puede seguir quedándose aquí por las noches. Hace frío y los coyotes te vigilan sin que te des cuenta. Son muy astutos...

ANCIANA.- Lo son.

MUJER.- Amelia lo sabe, pero, sin embargo... no parece tener miedo. Y yo...

ANCIANA.- ¿Qué?

MUJER.- (*Pausa.*) Me gustaría ser como tú.

ANCIANA.- ¿Vieja?

MUJER.- Sí... Tener la certeza de que en cualquier momento todo va a terminar.

ANCIANA.- No sabes lo que dices.

MUJER.- ¿Merece la pena vivir así? Yo creo que no. Si cuando di a luz a mi hija me hubiesen dicho que la iba a sobrevivir... no sé...

ANCIANA.- Tú no tienes la culpa de nada.

MUJER.- Entonces ¿por qué?

ANCIANA.- ¿Qué preguntas?

MUJER.- La razón. (*Pausa.*) Por qué nuestras hijas están muertas. Por qué no sabemos dónde están enterradas. Por qué las han matado. Por qué ocurre todo esto. Por qué nos pasa todo esto. (*Pausa.*) Voy a cumplir cincuenta años, pero no quiero... Sé que me quedan otros cincuenta años de dolor, de impotencia, de no saber la respuesta a mis preguntas. Rezo todos los días. Mi hija está viva, mi hija está viva, me digo... todos los días... Quiero

encontrar viva a mi hija, pero sé que ya es tarde. He perdido toda esperanza, nunca más volveré a verla. Ni viva ni muerta. Una bestia me ha quitado hasta ese derecho... Solo puedo rezar por su memoria, por su alma manchada de arena, por sus ojos secos, por su cuerpo herido. *(Pausa.)* Temo olvidar su cara, su forma de hablar y de bailar. Olvidar que un día la tuve entre mis brazos cuando era así de pequeña, así de frágil... ¿Por qué nadie me dice la verdad? ¿Alguien la sabe?

El HOMBRE deja a la JOVEN tumbada en el suelo. Toma puñados de arena que va filtrado sobre el cuerpo de la JOVEN. Las sombras comienzan a emerger. Aullidos en la distancia.

ANCIANA.- Debemos volver a casa...

MUJER.- Quiero esperar a Amelia.

ANCIANA.- Convéncela de que no pase la noche aquí.

MUJER.- Mañana iré a buscaros. Y luego... (*Agarra su pala.*)

ANCIANA.- Hasta mañana.

La ANCIANA toma su pala. Mira hacia la JOVEN. Agacha la cabeza. Desaparece. Los coyotes aúllan. Están más cerca.

HOMBRE.- Niña dulce, dulce niña. Llevas un vestido de princesa. Tan blanco... Pero ahora es de color tierra. Me gusta la tierra. Me gusta... Tienes la uñas sucias de tanto cavar. Mamá se disgustaría si pudiese verte así de sucia.

Comienza la coreografía. Comienza la canción. Canta la MUJER. El HOMBRE baila, juega con el cuerpo de la JOVEN. Es un coyote al acecho, que mide en la distancia por dónde va a atacar. Primero se muestra amable, astuto... pero las negativas de la JOVEN le hacen enseñar uñas y dientes. Lucha de cuerpos. Resistencia, dominio, súplica, miedo, impotencia. Termina la canción. Todo es silencio. Sin movimientos. Sin vida. Solo el paso del tiempo se

hace presente y tiene su propio lenguaje. El sol se oculta. La sombra de una cruz invade el desierto. Oculta los cuerpos. Aparece AMELIA. Arrastra su pala. La clava en el montículo. Arrastra los pies. Mira al frente. Se interna en las sombras.

AMELIA.- Hace frío. Ahora todo son sombras. Hace frío
(*Entrega su cuerpo a la luz de la luna.*) En este lado del mundo la luna tiene forma de cruz. (*Pausa.*)

La luna se llena de sueño.

La luna me mira

y sueña con este lado del mundo
en donde no se puede soñar.

Quiero que me mires, le digo.

Quiero que me ayudes a soñar
porque no quiero ver cruces en el suelo,
y poder despertar

sin tu sombra, sin ganas de llorar.

Luna, ¿me oyes?

Ayúdame a soñar.

(*Silencio.*) Hace frío. Ahora todo son sombras. Hace frío.

La MUJER sale de las sombras.

MUJER.- Amelia... Quiero estar contigo. Así podrás descansar.

AMELIA.- No puedo... si duermo... (*Pausa.*) No quiero pasar el tiempo entre pesadillas.

Prefiero estar despierta. (*Pausa.*) Esta tierra se conocerá por la de las mujeres que nunca descansan en paz.

MUJER.- Paz... Ya solo se dice en las iglesias.

AMELIA.- Hace mucho que no rezo.

MUJER.- Entonces, ¿qué nos queda? (*AMELIA baja la cabeza.*)
Tú tampoco lo sabes.

AMELIA.- No... No podemos soñar.

MUJER.- A nosotras mismas. Eso es lo único que tenemos.

Somos compañeras. El dolor nos ha unido. Pero no sé cuánto tiempo voy a soportarlo.

AMELIA.- ¿Qué te corre por la cabeza?

Silencio.

MUJER.- A mi hija. A la tuya. A las cientos de hijas que ya nunca volverán. (*Pausa.*) Ayer me encontré con la madre de Gladys. Me miraba, pero no me veía. Desde que mataron a su hija tiene los ojos en blanco, como si en vez de mirar hacia fuera solo pudiera verse las entrañas. Eso es lo que me está pasando. No puedo ver más allá de mí. (*Pausa.*) A veces pienso en dejarlo todo. Dejar que este desierto me consuma y con un poco de suerte, quizá, pueda por fin estar con mi hija.

AMELIA.- Estás cansada.

MUJER.- Estoy herida.

Pausa.

AMELIA.- Vete a casa.

MUJER.- Y mi casa es este desierto.

AMELIA.- Este desierto solo acoge a las bestias.

MUJER.- Y a nuestras hijas. No... no puedo seguir. Somos un grano de arena, víctimas del viento y del sol, del frío y de la noche. En cualquier momento podemos estar en la boca de cualquier animal sintiendo los colmillos sobre la garganta. Da igual que gritemos... nadie nos escucha, nadie. De qué sirve gritar si nadie te escucha. *(Breve pausa.)* Clavo la pala en la tierra sabiendo que nada va a pasar, que mi vida no va a cambiar. Mi vida ya no me merece la pena... era mi hija la que le daba algún sentido, la que me permitía soñar y no temblar de miedo al cerrar los ojos. Amelia, ayúdame a dejar de temblar...

AMELIA.- No... no digas eso, por favor.

MUJER.- Quiero morir. Mi cuerpo es frágil y no te costará nada romper mis huesos.

AMELIA.- No... ven, ven... (*Se funden en un abrazo.*) Tenemos los recuerdos... de nuestras niñas vestidas de blanco, sonriendo mientras les hacíamos trenzas. ¿Te acuerdas? Tu hija venía muy pronto a casa a buscar a la mía, y juntas se marchaban al colegio. ¿Te acuerdas? Y ¿cómo era la canción que siempre cantaban cuando iban a la escuela? Vamos, ayúdame a recordarla...

Sobreviene lentamente el recuerdo. Es una canción que habla sobre una princesa que es rescatada por un valiente príncipe. Comienzan las mujeres a cantar. Se une la JOVEN, que salta por la arena mientras la canción consigue unir pasado y presente. Termina la canción. La JOVEN vuelve a ser tragada por las sombras. Las dos mujeres se funden de nuevo en un abrazo.

MUJER.- Pronto amanecerá.

AMELIA.- Sí. (*Pausa.*) Vete a casa. Yo me quedaré un poco más.

MUJER.- No pases la noche aquí.

AMELIA.- No. Hasta mañana. (*La MUJER mira un instante a su alrededor.*) ¿Qué?

MUJER.- Nada. Me pareció ver una luz.

AMELIA.- (*Mirando.*) Son las luces de la ciudad.

MUJER.- Sí...

La MUJER desaparece. AMELIA siente un estremecimiento. Sale corriendo detrás de la MUJER. El HOMBRE sale de las sombras. Con una punzón se quita arena de las uñas.

HOMBRE.- Mañana... cómo sois las mujeres: tercas hasta el final. Querer derribar muros con la cabeza no lleva a nada. Así os va.

Esta ciudad necesita de vuestros cuerpos, pero no quiere saber nada de lo que pensáis o de lo que queréis. Puede que en vuestro pueblecito desconocido importasen esas cosas, pero no aquí. Esto es una selva y vosotras sois la carne que nos sacia.

Me gusta observaros. Me gusta cuando salís de los colegios, o de las fábricas: todas juntas, juntas como un rebaño de ovejas... y está muy mal olvidarse del perro que os vigila. Por eso creéis que el mundo es vuestro, que el corazón y el alma que os sacude el cuerpo os pertenece. No, es mío. Yo soy vuestro perro y yo digo cuando podéis reír y cuando llorar.

Tengo tanto que agradecer a Dios. Él me hizo hombre y me dio el derecho a poder escoger a quien quiero hacer reír o llorar.

Ovejitas... de lana blanca y ojos inocentes. Cómo me gusta vuestra carne, vuestra forma de mirar al

horizonte. (*Se tumba en la arena.*) No recuerdo cuántas veces he venido aquí... Os sigo por las calles de la ciudad sin poder evitar imaginar cómo va a ser después. Mis manos se impacientan. Mi boca se llena de saliva. Mis ojos se llenan de fuego... mi, (*Se lleva la mano a la entrepierna.*) palpita más deprisa que el corazón. Pum, pum, pum... el corazón dispara la sangre inundándome la garganta... y tengo que abrir la boca para que todo el aire del mundo me llene el pecho...

Sois vosotras las que pronunciáis mi nombre... ven con nosotras, susurran esas falditas cortas que apenas os tapan. Ríe con nosotras, suspiran vuestros pechos apretados y húmedos de sudor.

Y luego... miedo, dolor y súplicas. No puedo comprenderlo. ¿No es eso lo que queréis? No se puede ofrecer una buena bebida y luego pretender brindar con agua. (*Se incorpora. Guarda el punzón.*) Y ahora... voy a ver quién de vosotras es capaz de hacerme reír y de ofrecerme una buena bebida.

El HOMBRE desaparece en las sombras. Amanece lentamente. La JOVEN da saltos alrededor del montículo. Una música acompaña su juego. Se detiene. Mira a su alrededor.

JOVEN.- Otra vez... Me he alejado demasiado y mamá volverá ponerse triste. No sé qué pasa... Siempre acabo en este lugar. *(Pausa.)* ¿Cómo se llama? La maestra nos lo dijo en clase de geografía... ¡Ya lo tengo! Lomas de Poleo... Ese día la maestra tenía la cara triste... algo le había pasado a una sobrina suya... algo... Creo que se llamaba Gladys. Mi amiga Silvia me dijo que había desaparecido... Espero que ya esté de nuevo en su casa. *(Se arrodilla.)* Esta arena siempre está tan caliente. *(Comienza a excavar.)* Aquí la arena está más fresca. Como la arena de la playa... Pero aquí nunca llueve y el mar está demasiado lejos. *(Sigue cavando.)* Si sigo sacando arena, quizá encuentre un charquito de agua. O puede que encuentre un tesoro. *(Cava durante unos segundos. Se detiene. Encuentra una medalla.)* ¡Una joya! Qué bonita. ¿De quién será? *(Estudia la medalla.)* Qué

virgen tan bonita. (*Lee.*) De tu mamá para su mayor tesoro. Me la guardaré para que la arena no la estropee. Quizá pueda devolverla... (*Se tumba en la arena.*) Es una medalla muy bonita...

Pasan unos instantes. Aparece AMELIA. Por otro camino, el HOMBRE.

HOMBRE.- ¡Qué suerte! (*Breve pausa.*) Con este calor es difícil encontrarse con alguien.

AMELIA.- Sí...

HOMBRE.- ¿Qué hace por aquí? ¿Se ha perdido? ¿Está buscando algo? (*AMELIA mira al suelo.*) Es un desierto demasiado grande... y hambriento.

AMELIA.- Pero más grande es la voluntad.

HOMBRE.- ¿De qué?

AMELIA.- De no dejarse comer.

Pausa.

HOMBRE.- Nos hemos visto antes... su cara me es familiar.

AMELIA.- No tengo familia.

HOMBRE.- ¡Claro que sí! La vi en las noticias. Es la madre de una de las desaparecidas. ¿No? (*Silencio.*) Seguro... Tremendo problema. No se sabe quién mata a esas pobre chicas. ¿No? Algunos periódicos dicen que son víctimas de unos locos y otros de los narcotraficantes. ¿Qué cree usted? No parece que las autoridades sepan mucho... Yo pienso que no quieren saber. Para ellos, girar la cabeza es la única forma de hacer las cosas. ¿No está de acuerdo?

AMELIA.- Puede ser... Pero hay personas que sí hacen todo lo posible por atrapar a los culpables.

HOMBRE.- Qué pena lo de su niña. ¿Cuántos años tenía?
(*Da unos pasos hacia ella. AMELIA pone distancia.*) No pasa nada. La he reconocido. Salió hace poco en las noticias. Llevaba una pancarta con el nombre y una foto de su hija. (*Pausa.*) ¿Cuántos años?

AMELIA.- (*Pausa.*) Trece.

HOMBRE.- Qué pena. Me la imagino vestidita de blanco y con las trenzas sobre los hombros. ¿Tiene más hijas?

AMELIA.- Tengo que seguir mi camino.

HOMBRE.- Pues claro que sí. Todos debemos seguir nuestro camino. Pero no puede evitarse que los caminos se crucen en algún momento. ¿No cree?

AMELIA.- Adiós.

Quiere irse. El HOMBRE le quita la pala.

HOMBRE.- Me gustan las palas. Te aseguran un buen trabajo.

¿Pero sabe manejarla?

El miedo comienza a aflorar.

AMELIA.- Sí...

HOMBRE.- Qué mujercita. ¿Y qué busca? En este desierto no hay nada que le pueda interesar a una mujer... como tú.

AMELIA.- Yo...

HOMBRE.- Tú ¿qué? (*Silencio.*) Tú ¿qué?

AMELIA.- Estoy buscando...

HOMBRE.- ¿El qué?

AMELIA.- Coyotes...

HOMBRE.- ¿Coyotes? (*Sonríe.*) Madrecita... los coyotes son muy astutos y para atraparlos hace falta algo más que una pala. ¿Te gustaría que te enseñara a cazarlos?

AMELIA.- Mi marido me ha enseñado a...

HOMBRE.- Tu marido... no creo que tu marido sepa de estas cosas. (*Pausa.*) ¿De dónde eres? Seguro que no eres de aquí.

AMELIA.- Sí.

HOMBRE.- Sí ¿qué?

AMELIA.- Soy de aquí.

HOMBRE.- He viajado mucho. (*Pausa.*) Las mujeres de Juárez huelen de otra manera. Por eso sé que no eres de aquí. Déjame adivinar... Chihuahua. (*Pausa.*) Tu cara me dice que he acertado. Está todo tan cerca... Allí también hay coyotes, ¿lo sabías?

AMELIA.-Sí...

HOMBRE.- (*Sonríe*) Pero sin embargo estás aquí. Trabajas en una de las fábricas, ¿no?

AMELIA.- No. (*El hombre la mira con intensidad*) Sí...

HOMBRE.- Es un trabajo muy mal pagado ¿verdad? Las grandes empresas tienen aquí su paraíso particular. Muchas horas por unas pocas monedas. Metiendo piezas en otras piezas. Meter, meter, meter. (*Pausa.*) La verdad es que no hay jabón en el mundo que pueda quitar la suciedad que se mete en las uñas. Esas piezas están llenas de mierda. Mira, yo me las limpio con este punzón. (*Le enseña el punzón. Pausa.*) Y ahora dime por qué quieres cazar coyotes.

AMELIA.- No los quiero cazar.

HOMBRE.- ¿No? No sé... Verás, su carne es dura, y tú pareces

tener los dientes muy pequeños. Te harías daño. En cambio, esos animales tienen los colmillos bien afilados. Igual que este punzón.

La JOVEN se levanta. Juega lanzando una piedra imaginaria que luego irá a buscar dando saltos a la pata coja

AMELIA.- Ya le he dicho que no me gusta cazar.

HOMBRE.- Pero te gustaría ¿a que sí? Tener la suerte de sacarles las tripas con esta buena pala. Pero no puedes hacerlo... Qué pena. *(Se acerca a ella.)* Qué bien hueles. Mejor que las putas de la calle Mayor.

Silencio.

AMELIA.- Acaba pronto.

HOMBRE.- ¿A qué te refieres, madrecita?

AMELIA.- Hazlo ya... ¿Vas a matarme o a violarme?

HOMBRE.- Caramba madrecita. Qué prisa tienes... Es que aún no lo sé. (*AMELIA se quita las bragas con decisión.*) A esto lo llamo brindar con el mejor tequila.

AMELIA se tumba. El HOMBRE deja la pala en el suelo. Comienza a bajarse los pantalones. Aprieta los puños. El HOMBRE la mira. Enseña su lengua. AMELIA, de repente, ríe.

HOMBRE.- Puta, ¿de qué te ríes?

AMELIA.- Venga... demuestra lo macho que eres.

HOMBRE.- Más macho que el maricón de tu marido.

AMELIA.- (*Remangándose el vestido.*) Toma, aquí lo tienes...

HOMBRE.- Voy a abrirte en canal.

AMELIA le lanza arena a los ojos. Se levanta. El HOMBRE aúlla. La mujer agarra la pala y clava el metal sobre la garganta de él. La JOVEN se detiene.

AMELIA.- De nada te va a servir gritar. Después de todo ha sido fácil cazarte.

HOMBRE.- No sabes una mierda, zorra ignorante.

AMELIA.- Voy a partirte por la mitad.

HOMBRE.- Hazlo, puta, hazlo... pero no estoy solo... mañana otro te seguirá los pasos y le harás compañía a la putilla de tu hija.

AMELIA.- ¡Calla!

HOMBRE.- Ya los oigo aullar a tu espalda.

AMELIA.- Dime por qué. Dime por qué mi hija está muerta.

HOMBRE.- Nunca lo sabrás.

AMELIA.- ¡Dímelo!

Silencio.

HOMBRE.- Porque sí.

AMELIA.- No...

HOMBRE.- Sí. Y nunca podrás ver su cuerpo.

AMELIA le aprieta la pala con más fuerza. El HOMBRE agarra el palo, pero no puede librarse. Pasan unos segundos. AMELIA tira la pala.

AMELIA.- No quiero ser como tú. No quiero ser como vosotros.

Llega la noche. Sombras que forman cruces. Aparecen la ANCIANA

y la MUJER. Se acercan a AMELIA. Instantes después la JOVEN baila alrededor de las demás mientras que tararea la canción de la princesa. Las mujeres miran al HOMBRE. La MUJER llena su pala de arena. Quiere enterrar al HOMBRE, pero AMELIA se lo impide. La JOVEN toma la mano de AMELIA.

JOVEN.- Mamá, no llores.

AMELIA.- Es la arena...

JOVEN.- Sí... mira estas lágrimas. *(Pausa.)* No debes llorar.
Estoy aquí.

AMELIA.- Pero te siento tan lejos.

JOVEN.- No estoy lejos... *(Le da un beso. AMELIA se lleva una mano al rostro.)* Ves... estoy aquí. Siempre lo he estado y nunca te voy a dejar sola.

AMELIA.- Yo tampoco voy a dejarte sola.

JOVEN.- Mamá.

AMELIA.- Hija mía.

JOVEN.- Tengo sueño. Cántame esa canción que a ti te cantaba la abuela.

AMELIA toma en brazos a su hija. Comienza a mecer su cuerpo. Canta la canción con la luna de protagonista. La luna está triste porque ha perdido a una de sus estrellas. Pero después de mucho viajar y de preguntar a los astros y al sol, consigue encontrarla. La luna ríe entonces, enseñando al mundo su cara oculta, pues la tristeza ha desaparecido. Mientras canta, las cruces van desapareciendo.

La MUJER y la ANCIANA miran al HOMBRE. Este se levanta. Las mujeres se retiran. El HOMBRE se lleva la mano al cuello. Escupe a la arena. Desaparece en la noche.

La JOVEN besa de nuevo a su madre. Se aleja de ella.

Las mujeres se acercan a AMELIA.

AMELIA.- Descansa en paz, hija mía.

Sigue con los brazos abiertos. Después huele sus ropas. Las tres mujeres se abrazan.

MUJER.- Debemos ir a las autoridades.

ANCIANA.- No servirá de nada. Hemos estado muchas veces pidiéndoles que hagan lo que nosotras llevamos haciendo meses. ¿Cómo es posible que tengamos que ser nosotras las que busquemos los cuerpos?

MUJER.- Pero ahora tenemos a un culpable.

ANCIANA.- Y después ¿qué?

MUJER.- Después... *(Pausa.)* Aún estamos a tiempo.

AMELIA.- A tiempo. ¿Qué quieres hacer con él?

MUJER.- No os entiendo. Merece morir. (*Pausa.*) Bien. No os necesito. Me basto yo sola. Tengo la pala y fuerza para hacerlo. Y por la noche los animales harán el resto. Eso es lo que hay que hacer con todos ellos.

AMELIA.- No debes...

MUJER.- Tú haz lo que quieras. Yo sé lo que debo hacer. No puedo dejarlo escapar. Ese hombre violó y mató a mi hija.

AMELIA.- No estamos seguras. Él mismo me lo ha dicho. Detrás de él hay muchos más.

MUJER.- Si Dios no me da la justicia que pido es hora de actuar de otra manera. (*Pausa.*) Si me marchó ahora no le daré tiempo de llegar a la ciudad.

ANCIANA.- No lo hagas.

MUJER.- Adiós mujeres.

AMELIA.- Puede matarte.

MUJER.- Ya no tengo nada que perder.

La MUJER desaparece corriendo con su pala bien agarrada. AMELIA y la ANCIANA le gritan que no se vaya, pero la MUJER no hace caso.

AMELIA.- No puedo dejarla sola.

ANCIANA.- No puedes, pero debes hacerlo.

AMELIA.- Madre, por Dios...

ANCIANA.- ¿Qué? Lo matará ¿y luego? La policía la atrapará y será juzgada y condenada. Sus gritos pidiendo justicia se volverán en su contra. No hay nada peor que alguien pidiendo agua y encontrar un pozo, y esa mujer está a

punto de caer en uno.

AMELIA.- Entonces tiene razón. No nos queda nada.

ANCIANA.- Por lo menos seguimos vivas. ¿No te parece bastante?

AMELIA.- ¿Y qué pasa con los muertos?

ANCIANA.- (*Pausa. Tira su pala.*) Desde que la niña desapareció no he hecho otra cosa que rezar para encontrarla, hasta que he entendido que nunca se ha ido. Vive en mi cabeza y su recuerdo me ayuda a seguir respirando. Sé el dolor por el que estás pasando y por la rabia que quiere nublarle los ojos, pero no debes olvidarte de respirar. Nunca tendremos la oportunidad de enterrar su cuerpo, pero nos queda su recuerdo. Llevamos mucho tiempo removiendo la misma arena y no ha servido de nada. Lo que hay que hacer es remover las conciencias del resto del mundo y esperar que por lo menos alguien escuche

y comprenda. Pero nunca sabremos lo más importante: ¿por qué? (*Se acerca a AMELIA. Toma sus manos.*) Con cada pensamiento le doy un nuevo abrazo, un nuevo beso. Pero no me pregunto la razón... Llámalo resignación, pero es así como pienso.

Se proyectan fotos de distintas mujeres.

AMELIA.- No sé cómo llegar al mundo. A nadie parece importarle.

ANCIANA.- Seguro que al otro lado de este desierto hay gente dispuesta a escucharnos. Dejemos de cavar y gritemos el nombre de todas las muertas.

AMELIA.- Pero eso no evitará que nuestras hijas sigan muriendo.

Silencio.

ANCIANA.- No.

*Desaparecen las dos mujeres, cada una con su pala. La JOVEN
recorre el desierto. Juega con la medalla. Se sienta en el montículo.
Las imágenes cubren su cuerpo.*

JOVEN (*Cantando*):- Esta es la historia
de una niña que miraba al cielo
mientras el sol se escondía.
La niña cerraba sus ojos,
ojos como estrellas,
y dormía su alma.
Guardada entre palabras,
que son como semillas,
semillas de esperanza,
de flores blancas,
de flores vivas.
Esta es la historia
de una niña que cantaba con el viento
mientras la luna salía

bañando de plata
sus flores blancas
y sus palabras vivas.
Soñaba la niña
con el sol y la luna,
con un cielo lleno de palabras,
palabras que son como semillas.
Soñaba con cada nombre,
nombres de estrellas vivas.

La música continúa. Las imágenes sobreviven a la oscuridad que poco a poco se derrama sobre el desierto.

FIN

